

REVISTA CLIO

SEPTIEMBRE - OCTUBRE DE 1936

Publicación bimestral del Centro de Estudiantes de Historia y Geografía del Instituto Pedagógico

Elena Valle O.

Santiago en la Colonia

“En una cama de pellonés, con un burdo rebozo de bayeta echado a la cabeza, que le tapaba las sienas y la vista, el alma remojada en agua bendita y los labios humedados de vaporoso chacolí, dormía Chile, joven y gigante, manso y gordo huaso, semi bárbaro y beato, su siesta de colono, echado entre viñas y sandiales, el vientre repleto de trigo, para no sentir el hambre del trabajo, la almohada henchida de novenas y reliquias para no tener miedo al diablo y a los espíritus en su lóbrega noche de reposo”

He querido encabezar este trabajo citando las palabras del ilustre historiador don Benjamín Vicuña Mackenna, porque ellas reflejan exactamente el largo período colonial en que vivió Chile, y en que la ciudad de Santiago—inmenso convento—fue su más típica expresión.

En esos largos años, en que la campana conventual y el toque de la “quenda” eran los dos límites de la vida

diaria, surgió la Nación chilena con sus heroísmos y debilidades; allí entre los muros fríos de la Universidad de San Felipe y tras los barrotes inmutables de las casas solariegas, vivieron y soñaron hombres y mujeres, sin dar realidad ni los unos ni las otras a tantos sueños de sus corazones juveniles. De esa eterna severidad, que heló en flor las exotaneidades de la juventud, de esa oscuridad intelectual que encerró los espíritus de los varones en estrechos cánones y que prohibió a la mujer hasta los rudimentos del saber, surgiría la nación chilena en la aurora luminosa de 1810.

En este estudio sobre la ciudad de Santiago en la Colonia, seguiremos los primeros pasos del niño, a través de su infancia oscura, de su adolescencia sin iniciativas y de su juventud sin horizontes, hasta llegar a la perenne ociosidad de los viejos, y ver así, a través de ellos, la vida social, religiosa y casera del largo período colonial, época soñolienta que constituye la noche oscura y tenebrosa de nuestra vida nacional.

El nacimiento de un ser era asunto de la mayor importancia en los tiempos

coloniales; antes que nada se pensaba en el padrino que era un título formidable y en la madrina que era un nombre de consuelo y de esperanza. El nombre debía copiarse rigurosamente del Almanaque, combinándose dos santos de distinto sexo, para ofrecerle así dos celosos guardianes que lo protegerían en el curso de la vida.

Antes de nacer la criatura, se hacían mandas, se rezaban novenas, o promesas del hábito de la Virgen y repetidas preces a San Ramón Nonato . . .

Nacida la "guagua", se le separaba del lado de la madre, y su cuna era una "chigua" de mimbre atada entre dos vigas; crecían así sin conocer el afecto maternal, mecidos siempre en brazos de las nodrizas indígenas del país, y de sus labios aprendían antes que la lengua patria, el quichua y el araucano.

He aquí el punto inicial de la lobreguez colonial: crecían huérfanos de afectos, entre manos extrañas que si a veces suplían los arrullos maternos, otras en cambio, les harían sentir todo el peso de la ignorancia de esos corazones rústicos, y de esas manos curtidas por el trabajo embrutecedor . . .

Era tal el respeto que esos niños sentían por sus padres, que no se atrevían siquiera a llamar a la sala paterna. Sus días y sus noches se pasaban lúgubres y sombríos entre los monótonos quehaceres de la servidumbre, que llenaban las cabecitas infantiles de aventuras y de cuentos terribles de espectros y de ánimas, que martirizaban constantemente su imaginación. Pero esta infancia triste, tenía un "gran día": el de la primera compra de zapatos en la plaza, un sábado por la noche, que se hacía entre los regateos de la madre, la competencia a gritos, lo que daba un aire de fiesta a ese suceso.

Cuando empezaba la edad de la razón entraban a la Escuela, antro de ignorancia y de terror, en cuyas duras bancas solía perderse, junto con el reposo y la alegría, el uso de la razón. Tiritando de frío, con un mameluco "crecedero" de diablo fuerte, enviábanse los niños cada mañana con la criada o "ñaña", caminata que harían esos pobres niños tiritando de terror más que de frío, porque sabían que les esperaba, no la voz cariñosa de un maestro sino el grito brutal y el látigo terrible . . . Mientras más fuerte deletreaban el silabario, más fama tenía el maestro. La "letra con sangre entra" decían, así es que el azote a raíz de las carnes era lo corriente.

Junto con las primeras letras, aprendían todas las travesuras y cuentos de la infancia. Jugaban ya sea en el interior de las casas o en la calle, y sus juegos eran la pelota, el volantín y el trompo.

De la Escuela, los criollos llegados a la pubertad, pasaban a las Aulas (que así se llamaban por cursarse sus estudios en los claustros de los conventos), y de allí a la Universidad o la hacienda. No había alternativas. Abogado, campesino, huaso o doctor. Las profesiones liberales eran consideradas afrentosas. El comercio pertenecía a los de la clase media. El estado eclesiástico tenía muchos adeptos.

El que se dedicaba a la hacienda desaparecía por completo de la vida social de Santiago, y sólo venía de firme a la casa paterna cuando se le anunciaba que se le había elegido esposa. Recibidas las bendiciones, la novia montaba a caballo con su compañero, y no volvía a ver las torres de Santiago sino nueve meses después, cuya visita se renovaba por espacio de 15 o 20 años.



He aquí otra sombra siniestra de esta colonial... Dejando a un lado el sentimiento ennoblecedor del amor, que ellos no pudieron conocer, se formaban los hogares teniendo por escudos el interés y el desconocimiento mutuo: de este hogar frío, de esos padres unidos por las conveniencias, no podía sino surgir esa sociedad sombría y triste... de esa mujer convertida de la noche a la mañana en madre, nunca podría esperarse la sublimidad de tal destino, porque le ahogaron en flor todos los afectos y todas las iniciativas; de ese padre adusto y severo, sólo podría esperarse el látigo o el castigo, porque al recordar su lóbrega infancia, creyó su deber continuar esa obra fría y oscura...

Con relación a los estudios, la Jurisprudencia tenía por base el latín y el "ergo", es decir el sofisma. Para obtener el título debían hacer un alegato simultáneamente en pro y en contra de la justicia del caso legal que se les ponía, empleando el latín, pero podían redactar la sentencia en español. El latín era lo principal en la Educación colonial; los responsos, las recetas, los certámenes, las humanidades, todo se hacía en latín.

Los libros eran muy escasos; se solían encontrar sobre el mostrador de una tienda de lienzos, algún Kempis etc.; se sostenía que los libros sin pasta no tenían ningún valor, y que su nombre de "a la rústica", significaba que sólo debían leerlo los labriegos. La suspicacia española había alejado toda emanación de luz que converjera hacia nuestro país, y conocida es la estratagemas con que el ilustrado patricio don José Antonio Rojas, logró introducir algunas obras modernas en Santiago, poniendo nombres de libros santos en

los lomos. El precio de los libros era enorme.

En cuanto al uso de instrumentos y de máquinas, mirábase como cosa del "diablo", y todos huían del que las usaba.

Mientras los hombres no tomasen estado, los varones no dejaban de ser hijos de familia, cualquiera que fuese su edad. No les era lícito ni siquiera afeitarse la barba sin la autorización del padre, a quien llamaban "don" o "su merced". Pero donde más pesaba esta autoridad, era en la hora del recogimiento por la noche. Media hora después de la "queda", la llave de la puerta de calle debía de estar bajo la almohada del lecho paternal, y toda la familia recogida. Las tertulias nocturnas se consideraban como un privilegio de la gente mayor, que en casa del vecino más eminente se reunían a beber un "punch".

Las hijas de familia dentro del hogar tenían más libertad que los varones, pero en todo lo relativo al mundo estaban sujetas a mayores severidades que ellos en el trascurso de todas las edades. El punto de partida de la educación moral e intelectual de la mujer era la sospecha. No contentos con la vigilancia de la madre ni con las severidades del "estrado" en las raras visitas de la noche, rodeaban a las jóvenes de dos seres cuya influencia era muy perjudicial. Eran el confesor y la "dueña", encargado el primero de vigilar hasta las más escondidas emociones de su alma y de seguir la última todos sus pasos. Se creía que la ignorancia en la mujer era su mayor adorno, y una especie de escudo protector de la fragilidad atribuida a la mujer. No se le enseñaba a escribir, porque decían que era poner en sus manos el arte de en-

atenderse con los hombres fuera de la vista de los suyos. Las únicas institutrices de la mujer eran las monjas, especialmente las Agustinas, quienes les enseñaban a coser, a fabricar loza perfumada, a vestir santos y andar con gentileza.

¡Cómo extrañarse entonces que la mujer fuese un ser mudo, tímido, encogido, beato, por qué extrañarse que la mujer careciese de toda misión redentora sobre la tierra, cuando vivía en la celda fría y lúgubre de la más espantosa de las ignorancias, y colocada en un plano tan inferior al hombre, al que miraba como al amo cruel y despota!

Pero había en la educación y en el destino de la mujer, un punto en el que se confundía con el del hombre: el matrimonio.

El matrimonio colonial se caracterizaba por su impersonalidad. No se casaban, sino "los casaban". La obediencia suplía a la espontaneidad, la resignación al cariño; era el matrimonio un negocio particular, un asunto de bienestar, de renta, de porvenir, y por esto, el primer punto a que se aludía era el de la dote, que en las grandes familias tenía una tasa fija. Este matrimonio, en que la mujer jamás conoció las espontaneidades de la ternura, ni pudo oír los latidos de su corazón era la causa de su debilidad moral, de sus prácticas devotas, porque iba a buscar al pie del altar el refugio a su oscura existencia. . . Hacíase creer a la mujer que sin el marido no tenía personalidad social, y por esto se tenía a deshonra el quedarse soltera.

El otro gran destino en la vida de la mujer del coloniaje era la vida del claustro, cuya iniciación se hacía con más pompa y lujo que el matrimonio,

entrada que hacían más que por gusto de su propia naturaleza, por la tiranía de las costumbres sociales.

Después de diseñar a grandes rasgos la vida colonial, entremos a ese hogar, y veamos si sus muros y sus patios son también tan tristes, como la existencia de los que en él habitan. . .

Existía siempre a la entrada de una casa colonial santiaguina una banca de piedra, frente a la cual estaba el cuarto del criado; en el medio del patio, había un grueso poste donde se amarraba la "mula casera".

Los aposentos más importantes eran los del segundo patio, donde estaba la sala, la cuadra y la antesala o dormitorio.

La sala, era el punto de reunión: allí llegaba el lechero y el aguador, el panadero y el vendedor de velas, como también los mendigos, los sirvientes y los niños de la casa.

En la cuadra, estaba el "estrado" con alfombra o pellones de lana teñidos de colores vivos. En el centro del estrado tenía su asiento de honor la señora de la casa; frente al estrado y sobre el duro pavimento estaban atracadas sobre la pared doce sillas de "baqueta", que era el asiento de los caballeros; junto al estrado se sentaban las hijas de la casa. A ambos lados de la ventana poníanse dos pequeñas mesas de cedro y en el espacio intermedio entre aquellas no faltaba nunca una mesita baja, cubierta de un paño blanco, en la que se colocaba la imagen de un santo quiteño y todos los utensilios del mate. Por la noche un brasero de cobre ardía en el centro del salón, con una bruñida tetera del mismo metal, mientras que dos velones de Tapihue ardían en el centillero de plata. . . En las casas de los aris-

tócratas, había en esta pieza un alto espejo de Barcelona.

La última y más guardaba de las tres habitaciones, era el dormitorio, al centro de la cual estaba la "cuja" o catre imperial, en que el brocato arrancaba desde el techo formando grandes pliegues; completaban el mobiliario algunas sillas de paja, dos cómodas y un espejo...

La sala solía servir de comedor, con una mesa baja y un estante macizo, donde se guardaba la plata labrada, que era muy escasa, porque al principio de la Colonia se desconocía hasta el tenedor.

Las habitaciones que rodeaban el jardín estaban destinadas a dormitorios, alineadas a lo largo de los corredores, que entre pabellones de jazmines, madreselvas y otras enredaderas olorosas formaban la parte más agradable de la casa.

En el patio interior estaba la cocina, el lavadero con sus enormes cancos de greda, y las bateas y tendales en que las esclavas lavaban el escaso número de ropas, dos camisas por persona, un mantel cada mes, y sábanas en cada estación.

En el interior de la casa estaba el rancho de totoras para los temblores, sobre todo desde el gran terremoto que arruinó totalmente a Santiago en Mayo de 1647.

Los únicos aposentos que habrían hacia el exterior eran la cochera y la "esquina" sitio que se dedicaba para arrendarlo.

En cuanto al orden arquitectónico de las residencias de Santiago, lo que predominaba era su pesada e interminable monotonía. Un gran portón, y a ambos lados 2 o 3 ventanas de desigual altura. En lo que ponían todo su

afán y esmero era en la ornamentación del mojinete, porque debajo de sus techos debían ostentarse el blasón de la familia. Otro de los puntos de ornamentación exterior eran las rejas de las ventanas de la cuadra, que las encargaban a Vizcaya.

En cuanto a la servidumbre que en estas casas se encargaba de los quehaceres domésticos, consistía en una colección de indias, de mestizos y de esclavas. El personaje más importante era el negro caletero, quien ostentaba una vistosa librea. Entre las mujeres, la que tenía el puesto de mayor importancia, era la "siviente de razón" es decir la que llevaba los recados de casa a casa, sobre todo en los días de regalos.

La monotonía de los días coloniales, siempre iguales, empezaba desde la asistencia muy de mañana a misa; de regreso se servía el chocolate o el mate. A la una en punto todos debían asistir a la comida que después de la misa y antes de la cena, era el acto más grave del día. Cerraban la puerta de calle para alejar a los importunos, y antes de la sopa se decía una breve oración, y a los postres se rezaba el "Alabado". El puchero, las albóndigas, el charquicán y los frejoles, y el asado con ensalada de verduras, eran las comidas típicas de los días coloniales. Los jueves se compraba pescado para el ayuno del día siguiente. Lo que nunca faltaba en esta mesa era la fruta, pues cada cual tenía su chacra, su quinta y hasta los más pobres, una frondosa arboleda. Terminaba la comida, venía la "siesta" que duraba dos o tres horas. A las 5 de la tarde, con el fresco del verano, y con los braseros en épocas de frío que se prendían libremente en las veredas, empezaban a abrirse las tiendas y salir los vecinos a paseo a la Alameda

vieja, al Puente y a la Cañada. Era la hora de los chismes, porque en este Santiago aburridor, el chisme era la única entretenición. . . A la primera campana de la "queda", que sonaba a las 9 en Invierno y a las 10 en Verano, corrían todos a encerrarse en sus casas. Después del rosario, seguía la cena, que era la comida más ceremoniosa del día. Esta vida, se sucedía sin interrupciones sin cambios día tras día y año tras año, poniendo quizás una nota de íntima alegría en esos espíritus el anuncio de una fiesta o de un matrimonio, ocasión en que sacaban damas y caballeros sus mejores "galas".

El vestido de las mujeres era formado de una "saya", especie de bata que cubría el cuerpo hasta el tobillo, y atada a la cintura con cintas de colores. Las más ricas usaban casacas de géneros livianos, y "basquiñas", pollera lisa o plegada, ceñida por encima de las caderas que caía hasta los pies. Un cuello bordado o "golilla", una mantilla en la cabeza, un zapato más fino que el del hombre, completaban su indumentaria. El traje de los hombres se componía de una casaca hasta la cintura: un pantalón hasta poco más abajo de la rodilla, apretado en sus extremos con garetas, medias de seda y zapatillas puntiagudas; además, una capa larga de paño, y un sombrero de alas anchas y de copa terminada en punta, o bien una "chupalla" de paja.

Los bailes eran un verdadero acontecimiento social. En las visitas de la noche era de regla que las jóvenes debían de mantenerse inmóviles en sus taburetes, y los jóvenes muy lejos de ellas.

El punto de reunión de las damas era en las "visitas", que se dividían en visitas de cumplimiento y de confian-

za, en las que se servían dulces, pues la falta de ellos podía "cortar" una amistad. Las señoras visitaban siempre solas, y se dirigían a tales reuniones en calesa; los caballeros tenían sus calecinas, y los marqueses, los mayorazgos y el obispo, usaban carroza.

Las diversiones de los hombres eran la cancha de pelotas, y el coliseo de gallos, las tertulias vespertinas de las tiendas, y los ejercicios del caballo o los paseos a las chacaras. Las señoras también salían al campo en carreta, mientras los caballeros iban al lado en sus caballos. El más frecuentado de los placeres era el "café", con su pasatiempo de los billares, y los viejos con sus mesas de malilla.

Las diversiones de las clases inferiores se reducían a la ebriedad en las chinganas y los juegos de naipes en los garitos. El San Lunes nació en la Colonia, a pesar de que la mitad de los días del año eran feriados, por fiestas religiosas. El bajo pueblo no entendía absolutamente nada de religión; creían en los brujos y en las ánimas y apenas un hombre honrado y laborioso ostentaba de alguna manera el fruto de sus ahorros decían que había hecho "pacto con el diablo".

Existía una profunda separación de clases, que hizo de este país el más aristocrático y altivo, orgullo fundado en la nobleza de los apellidos y en la teocracia de los altares.

El influjo extranjero no tenía ninguna importancia, por el limitado número de ellos que existían.

En cuanto a las ideas que tenían sobre el misterio de la muerte, eran de lo más singulares. De las enfermedades sólo conocían los síntomas; a la tisis se le llamaba "calentura", a los reumatismos "corrimientos" y solía ata-

jársele poniendo aros de lata en los brazos y en las piernas a fin de comprimir las arterias. Toda enfermedad desconocida era de "aire", y este elemento era perseguido como el más cruel azote del hombre, encerrándose a los enfermos en piezas herméticamente cerradas. El pueblo no tenía médicos, ni boticas, ni siquiera enfermedades, y si las habían, provenían del "ojeo" o del "daño". Los que se morían era de "mal de muerte".

Los responsos, los cantos de las cofradías, los paños negros, las velas de cera, la custodia de mujeres llorosas, la mortaja, el tosco ataúd, y junto con esto los agujeros, los comentarios del purgatorio, constituían a la Muerte en una especie de fantasma cuya sombra vagaba en los hogares en todos los momentos de la vida. Temerosos los hombres del "fuego eterno", olvidaban a sus hijos en los momentos de su muerte para dejar a los conventos todos sus bienes con el encargo de innumerables misas por el descanso de su alma.

Por esto, dice don Benjamín Vicuña Mackenna, Chile entero era una inmensa capellanía; la Religión una misa perpetua de difuntos y la ciudad de Santiago una especie de cementerio.

Las visitas de pésame eran muy solemnes; se recibía a oscuras en un cuarto enlutado y allí sólo se articulaban suspiros y apagados sollozos...

Al dar término a este trabajo sobre "Santiago en la Colonia", quiero hacer resaltar que esa larga y sombría

época colonial, incubó los ideales que más tarde florecerían en su plenitud con la Independencia, y en que se iniciaría para nuestra patria la era de progreso en todo orden de cosas.

Si abarcamos el horizonte de Chile desde ese día hasta los nuestros, nos parece casi inverosímil que ideas—hoy absurdas—, hayan sido el eje de una sociedad.

Al abolirse las reglas severas que daban a la Religión el aire de misterio inexcusable y terrible, al dar al corazón preeminencia sobre el cálculo frío al devolver a la madre el papel de dulce mentora, al tomar el padre la guía severa pero cariñosa de sus hijos, al romperse los lazos que ataban a los hombres a estudios áridos y pesados, al rebelarse la mujer de esa tiranía dolorosa e injusta y tomar el puesto que en la sociedad le corresponde, al abolirse la arbitrariedad de los ricos hacia los miserables esclavos, al dar vida, en fin, con luces, flores, risas y fiestas a esa juventud tímida, y al entrar en los espíritus jóvenes la luz de su destino, la época colonial quedó sumida para siempre entre las ruinas de un pasado muerto...

Como desquite del tiempo y de los siglos, el brazo vigoroso del obrero libre, ha demolido hasta los cimientos de esas casas solariegas y con el último golpe del martillo, ha desaparecido de la ciudad de Santiago hasta la última huella de esa larga y sombría noche colonial...!

Elena Valle O.

IV Año de Historia. 1936